

## Sumario:

### LITERATURA

LA LECCION DE SAN FRANCISCO, por José Vicente Castro Silva.....	677
LA OBRA CIENTIFICA Y CULTURAL DE LA COMPAÑIA DE JESUS, por Miguel Jiménez López.....	685
EL CARDENAL PACELLI, por Gaetan Bernoville.....	702
LEYENDA DE ANTAÑO Y REALIDAD DE SIEMPRE, por Luis Soracta.....	708
EL PADRE DEL TEATRO ARGENTINO HA MUERTO, por Alberto M. Candiotti.....	665
LUIS VARGAS TEJADA. (Ultima jornada), por Alberto Miramón.....	728

### ECONOMIA

LA INDUSTRIA CAFETERA EN LA ECONOMIA COLOMBIANA, por Guillermo Valencia.....	776
--	-----

### SOCIOLOGIA

LA HORRENDA VISION DE HERBERT SPENCER, por Crane Drinton.....	745
---	-----

### DERECHO

CAIDAS DE AGUA, por Miguel Moreno Jaramillo.....	765
--	-----

### POESIA

OCHO SONETOS INEDITOS, por Antonio Llanos.....	761
ANTONIO LLANOS. por Eduardo Carranza.	760

### HISTORIA Y EDUCACION

LA INSTRUCCION PUBLICA EN LA COLONIA, por Ramón Zapata.....	786
---	-----

### COMENTARIOS

NOTAS BIBLIOGRAFICAS.....	799
LAS OBRAS Y LOS DIAS.....	805



*Nova et vetera*

Valor del ejemplar \$ 0.20

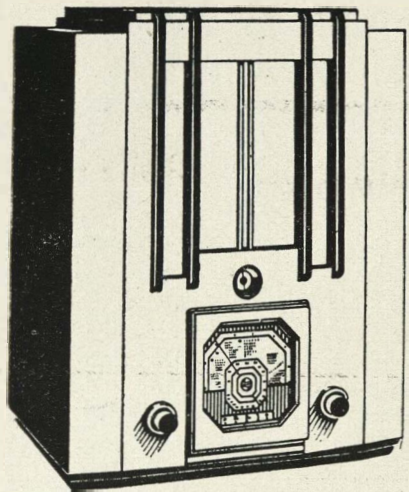
Suscripción anual \$ 2.00

En el exterior U. S.  
\$ 2.00

Para todo lo relativo a la  
Revista, dirigirse al  
Administrador

Apartado Nacional No. 72

BOGOTA - COLOMBIA



# PHILIPS

1  
9  
3  
8

TERWENGEL & HENJES

**El que ha triunfado en Europa**

Carrera 7a. número 19-28

**PIDA UNA DEMOSTRACION**

## El padre del teatro argentino ha muerto

*Del circo al cinematógrafo.—Los niños perdieron la ingenuidad.—El farandulero y el volatin.—El payaso «Depino el 88».—Una vida ejemplar.—La pista circense y el escenario.—El primer drama criollo argentino.—El gaucho.—El «gringo cocoliche».—El «compadrito».—El tango.—La jerga de los pícaros.—El «alorrante» y el «linyera».—Muerte de «Depino el 88».—Don José J. Podestá, padre del teatro nacional argentino.*

Por ALBERTO M. CANDIOTI

Los niños de los actuales tiempos desconocen una emoción ingenua y sana: la emoción del circo, rica de carcajadas y de aplausos, y de música de bronces, disparatada e inarmónica, pero solazadora.

Los que hemos sido niños a fines del pasado siglo y comienzos del presente, conservamos el recuerdo de una infancia plácida, llena de inocencias. Los equilibrios de la cuerda floja; las gracias de los monos sabios; las peligrosas pruebas de los trapeceistas; las atléticas audacias de los hombres hércules, y las piruetas, los saltos mortales y los diálogos entre payasos y "tonis" (excéntricos de grandes fracs y desmesurados cuellos) nos llenaban de sorpresas, zozobras y alegrías. El mejor regalo para los niños de antaño era el recibir de sus parientes el obsequio de unos céntimos, para gastarlos en los asuetos domingueros, en la taquilla circense.

Debajo de una gigantesca tienda circular, lo más próximo posible del picadero, los niños se sentían regocijados al recibir la salpicadura del aserrín mojado, esparcido, como hizonpadas de alegrías, por los cascos de los trotones blan-

cos de las graciosas bailarinas ecuestres. ¡Qué contento al ver a la "écuyé-re", de rosadas mallas y de tules almidonados, hacer sutiles pasos de avispa en el minúsculo tablado puesto sobre el lomo del palafren, que, al galopar, solplaba con arrogancias de bridón!

En los tiempos de los niños ingenuos era indescriptible el bullicio de sorpresa y de contento que llenaba el ámbito de la enorme carpa del circo —alumbrao, muchas veces, con candiles lumieantes— ante la audacia de la rubia amazona que se arrojaba, temeraria, contra un aro cubierto de papel multicolor y lo atravesaba, para reanudar sus cabriolas sobre el lomo del corcel...

¿Cómo describir la admiración y el temor, que se apoderaban de todos los espectadores cuando esa muchacha, desafiando la muerte, pasaba por un arco de fuego flameante, que nos parecía una rosa del Infierno, transportada al circo? ¿Y qué decir de esos ¡aaah!, colectivos y prolongados, ante el valiente domador de fieras que metía la cabeza en las fauces del rugiente león; y de esos ¡basta, basta!, de piedad colectiva ante los molinetes sin fin de los

muchachos trapeceistas, allá en alturas que nos parecían estratosféricas? Y luego, los payasos, los esperados y amados payasos, que decían sus chistes y se daban de bofetadas, con mucha ingenuidad y con frescura infantil; y, por fin, la pantomima, en la que tomaban parte todos los artistas, todas las comparsas del circo, y en la que solían figurar los señores del bombo y del trombón, vestidos con trajes de mariscales de corte, con calzones palaciegos, largas medias blancas, zapatones de charol con plateadas hebillas, y, para mayor lustre, luciendo casacas versallescas de colores estafalorios, cargadas de áureos entorchados.

Entonces regresábamos a nuestros hogares con el espíritu limpio, el ánimo satisfecho y retozón, ansiosos de poder contar, durante la comida en la mesa paterna, la destreza de los juegos malabares, la rapidez de los prestidigitadores, la bravura de las fieras, las gracias de los payasos y la habilidad de todo el conjunto volatinero.

El teatro estaba casi vedado a los chiquillos de nuestra época; pocos tenían el privilegio de que sus padres los llevasen a ver "cosas de grandes", y cuando resolvían conducirlos a ver comedias era solo después de aquilatar las intenciones de las obras, a fin de no manchar la ingenuidad infantil.

Mas, han pasado los años, y la época de evolución que soporta la humanidad, mató al circo, como poco a poco está ahogando al teatro. La cinematografía no solamente es responsable del homicidio del circo y de la agonía del teatro, sino que también ha cometido el horror de extirpar del alma de los niños actuales la inocencia y el candor, que

era el más preciado tesoro de nuestra infancia.

Rarísimas veces los niños de hoy ríen con sonora franqueza. Del cinematógrafo salen con la angustia taciturna del que deja una caverna, donde vio cosas horripiantes: le arden los ojos, maltratados por la oscuridad y las oscilaciones de la luz; los pulmones ansían respirar con libertad; y, al sentarse a la mesa hogareña, el chico queda silencioso, pensando en el crimen del gangster; en la violencia del hombre celoso que achilló a su amante; en la desgracia humana de las repugnantes enfermedades, y en las complicaciones de los problemas sociales del capitalista explotador y del proletario revolucionario.

Hace dos años, en Milán, fui a un circo, acompañado de un dilecto amigo de juventud y de algunas jóvenes amigas. El circo estaba casi vacío; entre la concurrencia dominaban los hombres y mujeres mayores de treinta años, que, como yo, rieron alegremente... Había muy pocos niños, y los que fueron llevados allí, casi "a la fuerza", no demostraban mayor interés. Nuestras amigas eran jóvenes de veinte años y nos confesaron, con orgullo, que era la primera vez que iban a un circo, y que "eso" era una pesada y pueril tontería. Nos vimos obligados a salir antes de la pantomima...

Paseando por las calles de Milán, dije a mi amigo:

—Estamos realmente viejos. Hemos gozado y reído cordialmente, pero merecemos las miradas piadosas de estas jóvenes. A mí no me importa: He revivido mi niñez, cuando iba cada domingo al circo de Pepe Podestá.

Y con mi amigo recordamos la famo-

# Del fabricante al consumidor

## SANIDORO

*para desinfectar y  
brillar los pisos*

Usado con todo éxito en este Colegio Mayor del Rosario y en los demás colegios del país.

Recomendado por las más altas autoridades sanitarias de América

## SANIDORO

*Desinfectante  
Práctico y Económico*

600 % más económico que los desinfectantes líquidos.

Práctico · Inofensivo · Agradable · Múltiples usos.

Haga de una vez sus pedidos para el año entrante

Apartado: 1782. - Teléfono: 7-2-5

sa pantomima, imperecedera en el Río de la Plata que, con el nombre de "Juan Moreira", representaba José J. Podestá con todos sus hermanos, en el circo del cual era payaso máximo, con el nombre de "Pepino el 88".

Las muchachas nos miraban y, al fin, entre sonrisas y agudezas, nos dijeron:

—El circo que nos habéis mostrado lo vemos algunas veces en los teatros de variedades, y es mucho mejor... porque allí hay menos inocencia... En el circo que hemos visto no hay gracia ni intención; no hay malicia ni problemas. ¿Creen ustedes que, en este siglo, los chicos, y los grandes, pueden divertirse sin tener problemas que resolver y sin sutilezas y malicias para la sonrisa intencionada?

Hay que convenir en que las chicas de Milán tenían razón... El circo ha muerto. Las futuras generaciones lo conocerán como nosotros al circo romano o al hipódromo bizantino.

Sin embargo, en la República Argentina siempre se retordará al circo con especial devoción, porque en el pobre e ingenuo circo criollo una gauchesca pantomima final, con alardes de músicas y bailables vernáculos, corridas de caballos y relucir de facones y estampidos de trabucos, dio origen popular y, por esto mismo sólido, al teatro genuinamente argentino.

El teatro helénico tuvo como escenario la hermosa naturaleza, y como techo el cielo azul de Grecia; más tarde tuvo el fondo de un monumento arquitectónico y un anfiteatro de piedra, pero fue siempre descubierto, como si repugnara a los helénicos encerrar el arte bajo una

techumbre.

La comparsa farandúlica medioeval, que recorría pueblos y más pueblos, como su hermana la compañía de volatines, montaba su tablado en el primer patio o plaza libre que encontraba, pero el público se reunía, bullicioso y familiar, bajo el cielo raso. El circo funambulesco y el teatro de la legua no pudieron, por mucho tiempo, mantener la libertad de ambiente de los espectáculos griegos, porque vagaban por lugares de climas desapacibles: El circo debió alzar su tienda y el teatro dejar el cortil, y construirse un techo.

El farsante y el volatín eran dos hermanos que marchaban por igual camino, pero con ideales distintos. El primero despreciaba al segundo; mas, un día, en un pueblo argentino, que conocía la casa con ruedas de la farándula, vio, con grata sorpresa, que el volatinero unía a su arte simple el complicado ingenio del artista dramático. La pantomima gauchesca y circense "Juan Moreira" se convirtió, inesperadamente, en melodrama, y los personajes, mudos ayer, adquirieron el uso de la palabra, dando un carácter de insospechada fuerza a sus caracteres.

La farándula dejaba el corral y el cielo raso para cobijarse bajo el techo del circo; pero muy pronto se operó el milagro de que la primera dominase al volatín y de que el teatro nacional argentino, alejándose del circo, adquiriese fueros de nobleza en los escenarios de los teatros más suntuosos del país.

El creador de ese arte nuevo y primitivo, que tenía vagas reminiscencias helénicas, y en el que se mezclaban la libertad de acción propia de la arena con la mesurada tiesura del teatro, acaba de morir



**NO LO PIENSE MAS...**



*Asegure  
su futuro  
en la*

**CAJA COLOMBIANA DE AHORROS**

*Edificio Pedro A. Lopez*  
BANCO DE LA REPUBLICA - 1º PISO



en la ciudad universitaria de La Plata, rodeado de la consideración unánime de los pueblos rioplatenses.

El payaso convertido en artista, se llamó en vida José J. Podestá.

Mis recuerdos relativos a "Pepino el 88", como se llamó al gran payaso, se pierden en la sombra de los tiempos en que comencé a sorprenderme del espectáculo del mundo. "Pepino el 88" está unido a mi infancia con la raigambre de los cariños más gratos de mi vida. Mil veces habré asistido a los espectáculos de su circo, y a él le debo muchas de las alegrías de mi niñez. Mis padres debieron escuchar mis charlas descosidas, narrándoles mis emociones y los pormenores del argumento de la pantomima "Juan Moreira" que luego se convirtió en drama. Drama policíaco, espeluznante y sanguinario, que yo también aplaudí, uniéndome a la muchedumbre entusiasmada.

Ante la sorpresa de todos los intelectuales, el payaso "Pepino el 88", se impuso rotundamente con su pantomima convertida en drama. Desde entonces los escritores comenzaron a llegar al camarín del payaso para entregarle los manuscritos de obras gauchescas, que requerían, para su representación, la libertad de movimiento que les ofrecía el picadero y la estabilidad encastrada en un pequeño escenario, que se improvisaba en un extremo del redondel.

Fue tan genial la visión de José J. Podestá al utilizar, para el drama primitivo argentino, la pista y el tablado, que después de la Gran Guerra, el transformador de la escenografía y gran director de teatro, el alemán Max Reinhardt, ignorando seguramente la realización rudimentaria de Podestá, pero sí inspira-

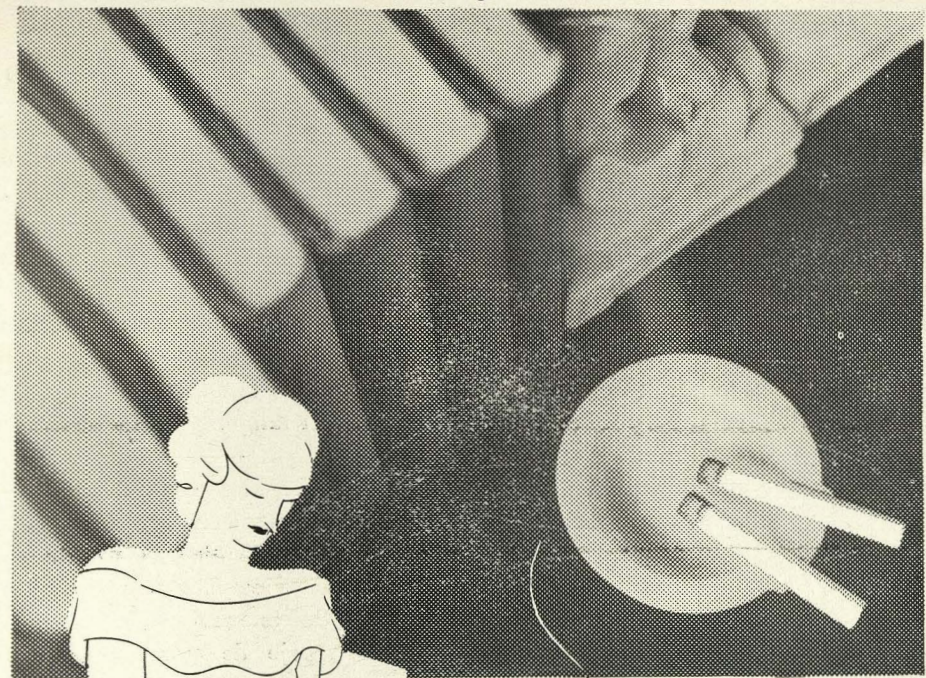
do en el teatro helénico —que desconocía el payaso criollo— transformó el gran circo Busch de Berlín, en pista con escenario.

En forma parecida a la empleada por Podestá en su circo con el drama "Juan Moreira", pero con una grandiosidad y derroche de técnica muy germánicos, Reinhardt movía, en el enorme circo de Berlín, grandes conjuntos de actores, en la pista y en el proscenio. Presentó el gran escenógrafo, en su circo-teatro, tragedias griegas y los dramas de Shakespeare. Las representaciones de Reinhardt en el circo Busch tuvieron un éxito popular grandioso, con lo cual, sin saberlo, vino a dar razón al instintivo José J. Podestá.

El drama argentino continuó, por algunos años, como he dicho, dando sus primeros pasos en el circo, hasta que, a fines de 1900, abandonó el toldo para cobijarse definitivamente en el teatro.

En La Plata, novísima ciudad fundada en 1882, en la cual se alzaron primero los palacios gubernamentales y luego las habitaciones para sus flamantes pobladores, fue donde José J. Podestá, el payaso "Pepino el 88", subió al escenario del Teatro Olimpo para representar dramas, comedias y zarzuelas, en las que intervenían gauchos, "gringos", "compadritos" y otros tipos populares de mucho colorido.

Mis padres, después de un destierro político en el Brasil, se establecieron en la tranquila ciudad de La Plata, a fines del siglo pasado. Cuando Podestá, en 1900, se instaló en el escenario del Teatro Olimpo, mi padre fue su abogado. Esto me daba derecho a entrar libremente a todos los rincones del teatro. Más de una vez me escapé de la escue-



*Sienta su  
saludable  
estímulo!*



Pielroja y Pierrot (hechos de los más finos tabacos) crean ánimo tranquilo, estimulan a pensar. Disfrute de su sabor delicado, aspire su humo puro y fresco, sienta el saludable estímulo que produce el hábito discreto de Pielroja y Pierrot!

Universidad del Rosario  
Cia. Colombiana de Tabaco

la para pasarme las tardes con los muchachos de la Compañía Podestá, viendo los ensayos de los grandes. Llegué a sentirme artista, y con los hijos de José, Juan y Jerónimo Podestá, escamoteábamos de los camarines trajes y pelucas y organizábamos, en las caballerizas del casón de mis padres, representaciones teatrales a las que concurrían mis amiguitos. Teníamos público aplaudidor, pero nos costaba dinero: debíamos pagar cinco centavos a cada asistente para que nos hiciese el honor de admirarnos. Solía suspenderse de pronto la función, porque el público se declaraba en huelga, si no se pagaba nuevamente cinco centavos por espectador. Otras veces, terminaba escandalosamente el espectáculo, porque un hermano mayor de los Podestá hacía irrupción en el escenario y nos dejaba casi desnudos en plena representación, para llevarse los trajes y pelucas que necesitaban esa noche en el teatro.

En aquella época, en la República Argentina, en virtud del triunfo artístico de los Podestá, se extendió en todo el país una fiebre teatral, tan intensa y corrosiva, que grandes y pequeños querían ser actores o autores.

En 1901, después de los buenos éxitos de La Plata, la "Compañía de Dramas Criollos" de José J. Podestá se instaló en Buenos Aires, en el Teatro Apolo, donde actuó noche tras noche durante ocho años, triunfando constantemente.

El público argentino se alejó del teatro español —que hasta entonces había monopolizado su atención—, para ir en busca de lo autóctono, de lo aborigen, admirándose cada día más al descubrir la enorme teatralidad de los tipos exis-

tentes en nuestro pueblo: el gaucho, sus cantos y sus bailes; "el gringo acriollado"; el "inyera"; el mercachifle, el inmigrante enriquecido, y esa serie inquietante de tipos del barrio porteño: el sombrío "compadrito", el peligroso "malevo", el "atorrante", etc.; retahíla de personajes arrabaleros unidos por esa música trágica que penetra muy dentro del alma: el tango.

La vida de José J. Podestá, "Pepino el 88" en su época circense y luego "Don Pepe", cuando se hizo artista de teatro, es una vida ejemplar de trabajo infatigable y de inmaculada honradez. Es, además, espejo de esos esforzados que marchan derechamente, como atraídos por una nueva estrella de Bethlem, hacia su propia grandeza, que es al mismo tiempo la grandeza de la patria. A hombres de la recia contextura moral de José J. Podestá y de sus hermanos Jerónimo, Juan, Antonio y Pablo —que jamás se detuvieron ante ningún obstáculo y que nunca abandonaron la batalla sin vencer— se debe la actual prosperidad argentina.

Los padres de los Podestá fueron genoveses humildes, dignificados por el trabajo y la honradez.

El año de 1840 llegó a Montevideo el padre de los Podestá, llamado Pedro, y dos años más tarde desembarcó en tierra uruguaya, la que iba a ser madre de los futuros artistas, doña María Teresa Torterolo.

El genovés Pedro Podestá y su mujer se trasladaron en 1846 a Buenos Aires, estableciendo un almacén de víveres. Allí nacieron Jerónimo y Luis Podestá.

El negocio de Don Pedro prospera-



## Laboratorios J. G. B.

### Cali - Colombia

Tienen el más moderno y eficiente equipo para la fabricación de todo clase de inyectables. =

ba, cuando los secuaces de Don Juan Manuel de Rosas anunciaron el año 51 en las calles de Buenos Aires, que si la revolución unitaria, encabezada por el general don Justo José de Urquiza, llegaba a triunfar, degollarían a todos los "gringos"....

Ese macabro anuncio aterró al genovés Pedro Podestá, porque en el Río de La Plata son "gringos" únicamente los italianos.

Don Pedro malvendió el almacén, y con su familia regresó a Montevideo.

Siete años más tarde, el 6 de octubre de 1858, nació el futuro gran payaso y gran actor José J. Podestá.

El chico creció sano, robusto y guapo. Un matrimonio francés, enamorado de la belleza a inteligencia del niño se ofreció para educarlo y llevarlo a Francia a estudiar, pero los padres de José no aceptaron. Si el chico hubiese sido llevado a Francia, otro sería el origen del teatro argentino actual.

A los ocho años de edad José fue violentamente atacado por la viruela. La enfermedad le marcó el rostro con profundos hoyuelos, pero sin afearlo. José J. Podestá tenía un semblante agradable y atrayente, mirada franca y una sonrisa siempre a flor de labio. Además, tenía un cuerpo gallardo, airosos movimiento, y la cabeza erguida.

La pobreza y la fecundidad de los padres (tuvieron nueve hijos) obligaron a José y a sus hermanos a ganarse la vida desde pequeños.

Cuando quedaba libre del trabajo, el mayor contento de José era ir a las hermosas playas montevidéanas, lanzarse al agua, y nadar horas y horas.

Este ejercicio, en el que muy pronto fue maestro, le dio la agilidad necesaria para ejercitarse en la acrobacia. Sus

instrumentos de aprendizaje fueron los grandes cantos rodados, las zanjas, los puentes, y las jarcias de los barcos pesqueros.

José J. Podestá organizó un circo de muchachos. Los artistas aficionados fueron aplaudidos por las personas de buena voluntad que, gratuitamente, asistían a los espectáculos.

Mientras tanto, José, como todos sus hermanos, estudiaba música. Desde muy joven tocó el pistón e improvisó canciones, y estas habilidades debieron servirle muchísimo en su futura actuación circense, donde ganaría fama cantando y soplando el bombardino.

La destreza demostrada en el trapecio por el "Director" del circo de muchachos, entusiasmó al empresario Félix Henault, francés, que recorría los pueblos de Uruguay, en lamentable pobreza.

Henault propuso, al muchacho José, un contrato... ;Un contrato! ;El sueño miliunanochesco del aficionado acróbata se hacía realidad! José corrió a comunicar la buena nueva a sus padres; y, tras mucha insistencia, obtuvo el permiso necesario para comenzar su vida errabunda. José fue contratado por veinticinco pesos mensuales, con el compromiso de efectuar un difícilísimo ejercicio de trapecio, que en esos días había causado la muerte instantánea de un joven llamado Enrique Caballé.

La noche del debut fue dolorosa para José. Tenía frente a sí el cuadro de aquel muchacho que él mismo había visto caer, en plena función, y matarse de un golpe horrible, en medio de la pista. No obstante todos los escalofríos y los temores, el hábil José triunfó, recibiendo calurosos aplausos al terminar la prueba.